

CONCLUSIONES

Por RICARDO MARTÍN ISIDORO

Obtener conclusiones sobre la situación en África es un ejercicio difícil por la gran cantidad de factores objetivos que pueden establecerse en cada una de las cinco partes en que los entendidos dividen el continente y por su interacción a nivel regional. Deducir posibles caminos sencillos para la estabilización de ese enorme espacio geopolítico es un juego improductivo ya emprendido en muchas ocasiones sin resultados apreciables.

Establecer posibles embriones de conflictos futuros en África, a través del estudio de los escenarios de confrontación, sitúa la búsqueda de soluciones en una nueva aproximación a la posibilidad de prevenir futuros enfrentamientos. De hecho ese ha sido el trabajo de los cinco analistas que con el peso de su profesionalidad y experiencia en estos temas han ejecutado esta *Monografía*, desentrañando algunos factores que sin ser novedosos son tratados de forma diferente y referidos los unos a los otros por la coordinación de la presente *Monografía*.

África es el resultado de su historia, y para su actual posibilidad de constituir un potencial escenario de confrontación, de su historia reciente, de su contacto con las potencias coloniales y de su posterior interacción con las mismas, tanto por sus relaciones con la antigua metrópoli como por los intentos, no siempre nítidos, de auxiliar al continente en la resolución de sus problemas internos.

Un nuevo elemento de fractura se cierne en las relaciones interafricanas, y entre los países africanos y las potencias occidentales y emergentes, la

competición por el acceso a materias primas; son estratégicas por existir sólo en ese continente, escasas, por el agotamiento de otras reservas del mismo tipo de recurso, y vitales, por ser cruciales para su aplicación a las políticas de crecimiento espectacular de ciertas naciones y al mantenimiento del ritmo económico de las potencias tradicionales. Una exacerbación de estas políticas económicas, que cierran los ojos ante el agotamiento de las materias primas, sin atisbar soluciones sostenibles, provocará a medio plazo un escenario de confrontación.

La vuelta a situaciones de exceso de mano de obra, los conflictos internos, en especial los étnicos, la atracción, ilusoria en ciertos casos, del nivel de vida en el Norte político, el derecho inalienable del ser humano a decidir su propio futuro, etc., están provocando una nueva y poco reglada ola de migraciones internas y externas en África que desestabilizan y empobrecen el continente, por la desaparición de cuadros vitales para su desarrollo, y modifican las claves económicas del mundo occidental, sumido en la crisis económica mundial e incapaz de asumir las nuevas llegadas de inmigrantes. Sólo un esfuerzo de conciliación Norte-Sur y Sur-Sur en torno a las migraciones internas y externas evitará que el movimiento de las personas en busca de su destino se convierta en un nuevo escenario de confrontación.

Resultado de muchos factores, en gran medida económicos y sociales, que también animan los conflictos internos, surge de nuevo, como un estigma del pasado la piratería, o actividades delictivas basadas en apropiarse, en el ámbito marino, o en sus proximidades, de bienes económicos utilizando la violencia o la coacción, cuando no mediante la toma de rehenes y su trueque por dinero, aprovechando la debilidad, en términos de autoridad, de los Estados origen de los piratas. De hecho ya se ha producido un escenario de confrontación importante al reprimir la piratería, que podría extenderse a otros escenarios africanos para eliminar las bases de la misma, introduciéndose en una espiral intervencionista generalizada; estas políticas podrían causar reacciones con otros factores, como el nacionalismo o el islamismo radical, causando verdaderos escenarios de enfrentamiento.

La colonización de África por el islamismo radical de origen salafista está en marcha y ha conseguido instalarse en algunos lugares que en otra época pudieron ser considerados como inéditos. Su fuerza, ejercida por el momento sobre las propias comunidades islámicas consideradas apóstatas, y sobre los intereses occidentales en territorio africano, co-

mienza a restringir la libre circulación de bienes y personas en ciertas zonas; su acción se ha hecho ya sentir en Europa y Norteamérica, y a través de los «Estados fallidos» africanos podría expansionarse en zonas desde donde ejercer todavía una mayor actividad, provocando un agravamiento del enfrentamiento actual.

Los conflictos africanos, profundamente arraigados en ciertas zonas de Africa en donde pueden concurrir, y de hecho concurren, materias primas estratégicas, son polos de atracción para ciertas potencias que ven la ocasión para apoyar a una de las partes, proporcionándoles recursos financieros, de seguridad, e incluso cooperación política, a cambio de la exclusividad en el acceso a los recursos económicos y estratégicos. Esta confrontación posible con otros actores podría ser máxima en el caso de que las citadas potencias fueran emergentes.

La conflictividad africana tradicional y actual se verían incrementadas con el acceso del islamismo radical al conflicto, de tal forma que a su núcleo se uniría la posibilidad de que el territorio afectado fuera utilizado como santuario por los grupos salafistas, con la posibilidad añadida de que las potencias occidentales pudieran reaccionar para hacer frente al progreso del yihadismo global; solamente la presencia de tropas imparciales con misiones de apoyo a la paz serían en ocasiones suficientes, en un espacio como el africano, para suscitar confrontación con la parte menos susceptible de apoyar el proceso de paz.

La crisis económico financiera global, que afecta también de forma profunda a los países africanos desarrollados y a los en vía de desarrollo, ha disminuido en gran medida la capacidad de recepción de los flujos migratorios interiores que se producen en África, potenciando por tanto que los mismos se dirijan en mayor medida que en el pasado a la Unión Europea, aumentando el poder y número de las mafias que realizan sus actuaciones en la frontera Norte-Sur y entre las volátiles fronteras interiores africanas. La aparición de un nuevo tipo de inmigrante, el menor no acompañado, representa un reto para los países receptores para el que, probablemente, no se esté todavía preparado.

Es muy probable que se precisen en el próximo futuro políticas de cooperación renovadas y reforzadas, con los países africanos donde se detecten los focos de conflictividad citados, con los que sirven de correa de transmisión para el encauzamiento de los flujos migratorios y con los países frontera con los receptores.

Convendría centrar la atención de las posibles confrontaciones, vía flujos migratorios, en la región de África Occidental, donde hoy por hoy se concentran el mayor número de potenciales inmigrantes en dirección a Europa. Su conexión inmediata con la región del Magreb, el acceso marítimo de que gozan, y la saturación de las posibilidades de asilo, deterioradas por la crisis económica, podrían ser desencadenantes de migraciones masivas de irregulares e indocumentados.

El control de los flujos migratorios, bien sea por cuestiones socioeconómicas o por cuestiones políticas, como son los refugiados de los múltiples conflictos existentes en África, representa hoy, y más lo supondrá en el futuro, una de las prioridades políticas de los Estados africanos y de Europa Occidental.

La aparición en África de actores globales, como India, Brasil, y sobre todo China, es percibida nítidamente a través de la tensión que crea su acercamiento a los recursos estratégicos africanos; la llegada de estos nuevos actores no occidentales, con la pretensión de consolidar posiciones y adquirir influencia, crea por sí misma un nuevo escenario de confrontación que si no es gestionado con habilidad puede convertirse en un escenario más complejo.

Es muy probable que con políticas multilaterales adecuadas se pueda atraer a los nuevos actores emergentes en África a soluciones aceptables para todos los concurrentes, incluso en la lucha común contra el terrorismo salafista que también amenaza a China. En estas políticas la posición de España debería ser sostenida por una acción permanente del ámbito de seguridad y defensa.

El argumento económico es el único verdaderamente válido como motivación para la existencia de la piratería en el continente, tanto en el cuerno de África como en el golfo de Guinea, a pesar de que hasta un cierto momento se ha esgrimido la defensa de los recursos naturales y la represión de las pesquerías ilegales como causa de las acciones desarrolladas por los piratas, que han convertido las aguas africanas en las más peligrosas del mundo para la navegación.

Detrás de la piratería existe un complejo mundo de subdesarrollo, pobreza, analfabetismo, desempleo, delincuencia, secuelas de conflictos armados y dependencia de sectores energéticos como único medio productivo, que se enroca con la propia actividad delictiva y que multiplica los efectos iniciales descritos. La piratería no crea riqueza, deprime y

empobrece a los «Estados fallidos» que se ven impotentes para hacer frente a esta lacra renovada del siglo XXI.

A pesar de los éxitos concretos en ciertos sectores de la lucha contra la piratería, se estima que no se trata más que de soluciones poco duraderas e incompletas, ya que sólo una actuación global, en aguas internacionales, en el mar territorial y en tierra firme, con una coordinación regional de los diferentes Estados que pueden estar relacionados en la solución del problema, y una aproximación integral en la mejora de la gobernabilidad y nivel de vida de los países origen de los piratas, podría terminar definitivamente con este fenómeno delictivo.

Se antoja imprescindible la creación de legislación aplicable a la represión de la piratería, tanto a nivel nacional en sus códigos penales como a nivel internacional.

A pesar de la existencia de franquicias terroristas de Al Qaeda en «Estados fallidos» y «semifallidos», donde la piratería africana impera e impone su actividad delictiva, se estima que por el momento no existen lazos claros entre ellas.

Es patente que existe una planificación en la colonización islamista radical de África, que partiendo de movimientos iniciales en el norte del continente se está extendiendo progresivamente al resto del territorio en zonas donde la religión islámica ha fecundado. La radicalización ha sido progresiva y el yihadismo salafista se presenta en cada lugar con especificidad pero con características comunes.

El terrorismo salafista en África tiene como objetivo a todos aquellos que practicando el islam no lo hacen acorde al credo que le sirve de ideario así como al resto de religiones presentes en la zona de instalación. Más recientemente, el yihadismo se ha centrado también en la presencia extranjera que les podría servir de apoyo e incluso ha superado las fronteras de su original implantación.

La exportación de sus radicales y criminales acciones ha alimentado muchos de los conflictos más representativos en los últimos años, como en: Irak, Afganistán, Chechenia, etc., esgrimiendo la marca Al Qaeda, perdiendo las características locales que podrían suponer una fragmentación del islam, y estableciendo una meta global y universal para su lucha; para ello enfrenta no sólo a los africanos sino al resto de países

presentes en África e incluso desborda las fronteras del continente en su siniestra planificación.

La reacción civilizada a este yihadismo salafista en África no debiera plantearse por Occidente en términos locales ni regionales, sin planificación global; sería un gran error tratar, solamente, este movimiento como grupúsculos a los que se puede erradicar en sus zonas de implantación actuales, donde cometen sus atentados y secuestros.